

## CAPITULO IX.

## DE LA CORRECCION DEL POBRE

## VICIOSO.

Entre los pobres, lo mismo que entre los ricos, se hallan muchas personas que sin negar á Dios, le ofenden, y confesando todas las verdades de la fe, obran lo mismo que si no creyesen ninguna. Pero si esta inconsecuencia no es peculiar al pobre, hay vicios que parecen serlo; porque la pobreza está rodeada de malos ejemplos y de malas tentaciones, y porque la ausencia de los goces del espíritu le lleva á los goces materiales, que tan fácilmente degeneran en vicios.

Aquí es ocasion de recordar lo que sabemos de la dificultad de que el pobre sea previsor; de las muchas ocasiones que tiene de caer, y los pocos medios de levantarse; de lo rápida que es la pendiente por donde la miseria conduce al vicio y al crimen. Todo esto hemos de recordarlo pa-

ra no desesperar sin motivo, por haber supuesto facilidades que no existen, para no exigir del pobre mas de lo que puede hacer, y para apreciar en todo lo que vale cualquier paso, por pequeño que sea, en el camino de la enmienda.

Bien es que hagamos notar al pobre creyente que con sus desórdenes ofende á Dios; pero no hemos de confiar demasiado en la eficacia de este argumento; su confesor se lo habrá hecho muchas veces, sin haber logrado que se corrija. La razon lucha mal con el hábito, y las abstracciones influyen poco en el ánimo de criaturas groseras. La mayor parte de las faltas del pobre vienen del abuso de los goces de los sentidos, y como su origen es material, deben hasta cierto punto combatirse materialmente. Al precepto religioso, al consejo, debe añadirse la accion. No basta probarle que ofende á Dios y perjudica su salud y sus intereses en frecuentar tal ó tal lugar; es preciso contribuir á que no vaya, creándole obstáculos y sosteniéndole en su buen propósito. El sábado, por ejemplo, es un dia fatal para los

jornaleros, que gastan por la noche en la taberna el fruto de su trabajo y el sustento de su familia. Esta los vé llegar á las altas horas de la noche ébrios de vino y de cólera, dándole, en vez del fruto de su trabajo, malos tratamientos y malos ejemplos. En vano sus hijos hambrientos le piden pan, en vano su pobre mujer le suplica por Dios que le dé para atenderlos; no es esposo, no es padre, es una furia que maltrata á los que debia proteger; que desconoce la razon, que desoye la voz de la naturaleza, que no escucha mas que al demonio de la embriaguez que, segun su temperamento, le dice: —rie, llora, blasfema, hiere ó mata, no tengas piedad de tu esposa enferma, ni de tus inocentes hijos; y cuando hayas agotado para el mal las fuerzas que Dios te dió para hacer bien, cae como el fruto podrido de un árbol sin vida, y duerme un sueño ignominioso para despertar en brazos de la miseria, del remordimiento y de la desesperacion.

Y este mónstruo odioso, y este sér degradado, que escucha esta voz, era un hombre razonable y bueno antes de haberla escuchado.

Nada mas frecuente que hallar artesanos hábiles en su oficio, de clara razon, de buenos sentimientos, y que serian modelos *si no bebieran*; como dicen sus desdichadas familias. Cuando están serenos conocen su error, le confiesan, le deploran, hacen sinceros propósitos de enmendarse; pero llega el dia fatal, están á solas con su dinero, con su hábito, con el amigo que les insta, les da el ejemplo y les arrastra. Despues de una semana de privaciones, de trabajo, y de contar las horas, tiene dinero á su disposicion, puedè sentarse sin consultar el reloj, y hablar y reir y comer de un manjar mas apetitoso que el ordinario, y beber de una bebida que le agrada en extremo, y le alegra y le vigoriza, y le hace decir cosas que celebran sus amigos, y celebrar con entusiasmo las que ellos dicen excitados de la misma manera.

¿Y qué tiene para combatir esta tentadora perspectiva? El sentimiento religioso debilitado, la débil voz del deber, que nadie le recuerda, la idea de su familia en cuyo seno podria tener goces tranquilos y pu-

ros, pero que ya no lo son para él, porque su alma depravada necesita las acres excitaciones del vicio. Además, él no entra en la taberna á embriagarse, entra á beber.

Detengámosle antes que entre; detengámosle materialmente. Hagamos la visita, no en su casa, sino en el lugar en que cobra, y no le abandonemos hasta ver si nos es posible apartarle del sitio fatal. Suponiendo que el pobre nos mirará como sus verdaderos amigos, que nos amará, sin lo cual es imposible toda corrección; suponiendo que habremos tenido presentes todas nuestras reglas generales, y entre ellas la de la oportunidad; podremos rogarle en nombre de Dios, de su pobre familia y del nuestro, que no vaya á dar sus recursos, su salud y su tranquilidad en cambio de un placer pasajero. Pidámoselo como un favor que le agradeceremos siempre, y en cambio del cual estamos prontos á otorgarle el que nos pida. Aquellas horas que habia de emplear en sus culpables goces, no vayamos á pretender que las dedique á escuchar nuestras exhortaciones, ó á estar tranquilamen-

te con su familia; gradúemos la enmienda, si queremos hacerla posible. Busquemosle otra diversion, en que pierda su tiempo y una parte de su dinero, pero en que al menos conserve su razon y su salud.

Si no podemos evitar absolutamente que el pobre entre en la taberna, roguémosle que nos dé en depósito su jornal, una parte si quiera, que le llevaremos el lunes, evitando así que durante la semana vayan todas sus ropas á la casa de préstamos. Hagamos cuanto esté de nuestra parte para disminuir el tiempo que pasa bebiendo: algunos minutos, media hora, una, podrán conducirnos, si no á que rompá absolutamente aquel hábito fatal, al menos á que no le sacrifique sino cierta cantidad de tiempo y de dinero, y nunca su razon. A veces nos parecerá bien duro tener que transigir con los vicios; pero cuando no se pueden extinguir, hay que resignarse á disminuir sus fatales consecuencias; y establecer en ellos alguna cosa parecida á método ó regla, es camino para hacerlos desaparecer.

Esto que decimos de la embriaguez po-

demo aplicarlo á todos los demas vicios del pobre, sin otras diferencias que las exigidas por su diferente índole. No nos contentemos nunca con preceptos y ruegos, consejos y amenazas; busquemos obstáculos materiales, y opongámonos materialmente á la mala accion hasta donde nos sea posible. Los lugares en que el pobre ha pecado, parecen ejercer sobre su moralidad una fatal influencia. Aquella puerta por donde entró tantas veces desesperado y culpable; aquella ventana por donde amenazó arrojar á los que maltrataba; aquellas paredes donde resonaron sus blasfemias ó imprecaciones; aquel lecho donde vió sufrir sin compasion, y donde sufrió sin consuelo; aquellas personas que viven cerca de él, que están en el secreto de todos sus extravíos, que son despreciables ó le desprecian, haciéndole siempre daño con su mal ejemplo ó con sus desdenes, todo esto forma como una atmósfera al rededor del pobre, y el recuerdo vivo de su vida pasada viene á ser un obstáculo para la correccion de su vida futura. Hay notables ejemplos de malhechores, que lleva-

des á países remotos han variado de conducta al mismo tiempo que de clima. Nosotros no podemos, por regla general, llevar á nuestros pobres muy léjos del lugar en que han sido viciosos; pero en muchos casos no será difícil hacerlos cambiar de poblacion, encomendándolos al cuidado de alguna persona caritativa que se encargue de dirigirlos. Si tanto no es posible, convendrá al ménos cambiar de barrio, de casa. En la nueva no es conocido por sus desórdenes; tiene pues su honra que conservar. No está en la vecindad el enemigo que le provocaba, ni el amigo que le pervertia, ni la mala mujer, ni la taberna, ni el garito que tenia costumbre de frecuentar. Todo es nuevo, todo es diferente, y este cambio le predispone para el de su conducta.

El pobre vicioso no suele ser trabajador; la ociosidad y el vicio se eslabonan para formar la cadena que le retiene en la mas miserable de las esclavitudes. El trabajo, ese ángel custodio del hombre, inspira una especie de horror al que ha adquirido el hábito de no trabajar. El mendigo sufre la

desnudez y el hambre, arrostra la intemperie y el desprecio: ofrecele alimento, vestido, techo, consideracion, en cambio de trabajo, y rehusa.

Este atractivo de la vagancia en la miseria es para nosotros incomprendible: admitámoslo como un hecho bien probado, para no imaginar que hicimos cuanto podíamos hacer, cuando proporcionamos trabajo al pobre que no tiene hábito de trabajar.

Para el vicioso vago, la vuelta al trabajo es la vuelta á la virtud; ¡y qué de obstáculos tiene que vencer en este penoso camino! Graduémoselos segun sus fuerzas. No vayamos á exigir que esté todo el día trabajando el que no trabajaba nunca. Para empezar, contentémonos con tres horas, con dos, con media, y utilicemos dos circunstancias: el placer del descanso y el hastío de la ociosidad. No vayamos, sin embargo, á creer que este hastío es en el pobre lo que en nosotros: las facultades de su alma son mucho menos activas, y cae con facilidad en una especie de letargo moral, en que vé pasar las horas sin que apénas lo advierta.

El placer del descanso es grande para todos, y hemos de procurar que le saboree nuestro pobre vago. Tambien hemos de hacer cuanto nos sea posible para que su trabajo sea bien retribuido, aun mas de lo que valga: no hay limosna mas útil que la que contribuye á convertir un hombre vicioso en hombre honrado.

Si es posible, busquemos para nuestro pobre el trabajo que le sea menos penoso: alentémosle, vigilémosle; no seamos duros cuando falte; manifestémosle nuestra gratitud cuando cumpla, y hagamos por poner bien en relieve ante su vista cuánto gana para con Dios, á quien no ofende; para con los hombres, á quienes no inspira desprecio; para su situación material, que es mucho mejor. No vayamos á decirle que puede trabajar con el mismo esfuerzo que otro, puesto que tiene sus miembros sanos: reconozcamos la dificultad de romper el mal hábito, y que al principio necesita mucha buena voluntad, mucha fuerza y mucha perseverancia, haciéndole notar, al mismo tiempo, que su mérito aumenta en proporción que es ma-

yor el obstáculo que tiene que superar, y que este obstáculo no puede ser superior á sus fuerzas, porque el deber no es nunca imposible.

Sea que alentemos al pobre para que trabaje, ó que procuremos arrancarle á sus hábitos viciosos, tengamos presente lo que ya hemos observado: que no hay cosa más propia para desalentarle que pintar muy fácil el camino de la enmienda, que él halla erizado de dificultades. Entonces desconfía de su fuerza ó de nuestra inteligencia; dice:— *No puedo, ó no sé, cosas á cual mas fatales;* —porque la regeneracion del pobre consiste en la idea que tenga de sí y del que le dirige: además de que le falta un gran estímulo para esforzarse á ser mejor, si le falta la seguridad de que hay quien aprecia el mérito de su conducta y se le tiene en cuenta y se le agradece. Por el contrario, si nos vé convencidos de que la obra que emprende es difícil, si le aplaudimos á cada paso que da en el buen camino, como de una victoria difícil, esto le alienta, halagando á la vez su corazón y su amor propio.

El amor propio del pobre: hé aquí un auxiliar poderoso, y ojalá que pudiéramos contar con él siempre que intentemos corregirle. Cualquiera que sea el vicio que queramos extirpar, investiguemos si la persona que en él incurre conserva algun resto de dignidad. Esta dignidad del pobre no vayamos á medirla por la nuestra, porque aunque en el fondo tenga mucha semejanza, en la forma variará tanto, que si juzgamos por apariencias, calificaremos de degradado á un hombre que no lo esté. Semejante error seria fatal, porque nos privaria de un medio muy eficaz de influir en el ánimo del pobre extraviado. Los vicios del pobre son groseros y llegan á degradarle: esta degradacion es lenta, y á veces ni siquiera la advierte; pero si se la representamos con vivos colores, si comparamos lo que fué y lo que podia ser con lo que es, esta comparacion le impresionaria, como nos impresionaria la copia de nuestro rostro demacrado ó deforme, puesta al lado de un retrato hecho cuando éramos bellos y robustos. Pero si conserva alguna dignidad,

hemos de manifestar al pobre vicioso hasta dónde le ha hecho descender el vicio, cuidando de no humillarle. Esto lo conseguiremos doliéndonos de su mal y no desconfiando nunca de que pueda ponerle remedio. Así como la indiferencia exaspera en vez de corregir, la compasión suaviza cualquier cargo; y las faltas que se miran como accidentales no humillan, porque para el amor propio, como para el corazón, la esperanza ilumina el cuadro mas sombrío.

Para corregir á nuestro pobre, llamemos en nuestro auxilio á todas las ideas, afectos ó inclinaciones; pero notemos que todas parecen obrar con cierta intermitencia; que á la razón, el deber y el sentimiento alguna vez los llamamos, y guardan silencio como si estuvieran dormidos; solo el amor propio vela y responde siempre.

A veces hallaremos pobres que, al parecer, han perdido toda idea de decoro: observémoslos cuidadosamente; arrojemos sobre su alma el elogio y el vituperio, como se arroja una materia inflamable en donde ha habido fuego, para ejercerse de que

se halla completamente extinguido. Es raro que en el corazón del hombre se borre por completo ninguna disposición, sea para el mal, sea para el bien. Vemos á una criatura degradada, porque su falta la hizo caer, y el mundo la pisó, en vez de darla la mano para que se levantara. Todo cuanto la rodea le dice:—Eres vil,—y lo cree, y lo es en efecto; no se halla en su corazón ningún vestigio de la dignidad humana.

Pero hé aquí que llega una persona que le dice:—Eres desgraciada, te apartaste del buen camino, puedes volver á él. Muchos de los que te desprecian valen menos que tú, y los que valen mucho mas te compadecen y te aman, y enjugarán con su mano tus lágrimas de dolor, y recibirán en su corazón como en un cáliz tus lágrimas de arrepentimiento. Prueba á levantarte y hallarás apoyo. Cuando hayas rasgado y arrojés lejos de tí la túnica inmunda que te cubre, verás cómo te aprecian los buenos y te respetan los mejores. Y cuando el que así habla, una á la palabra la acción; cuando busca al pobre degradado, y le alivia, y le con-

suela, y es deferente con él, y le llama hermano y amigo, y penetra sin repugnancia en su habitacion y en su alma, tal vez esta pobre alma revive, como un asfixiado á quien se le devuelve el aire, y la criatura de Dios aparece con todas sus nobles facultades.

Si hemos de rehabilitar un hombre á los ojos del mundo, es preciso rehabilitarle ántes á sus propios ojos; porque no puede inspirar aprecio, si ántes no se aprecia él mismo. Para conseguirlo, no nos contentemos con darle pruebas de amor y deferencia; que las reciba tambien de otras personas benévolas: formemos en derredor suyo como un dique de caridad, que le ponga á cubierto de las oleadas de desprecio, con que el mundo le quiere derribar cada vez que intenta levantarse.

Podrá ser que hayamos de echar mano, no solo del amor propio, sino de la vanidad; no solo de la dignidad, sino del orgullo; no solo de sus buenas cualidades, sino de otras que por su tendencia ó su exageracion pueden parecer peligrosas. La naturaleza humana es tan miserable, que á veces, no ha-

lando en ella virtudes bastante fuertes, hay que combatir las pasiones unas con otras. En muchos casos hacemos por vanidad ó por miedo lo que no haríamos por deber, y la cólera nos hace romper un mal hábito que no romperíamos por razon. Estos medios no son buenos; pero habremos de aceptarlos cuando no tengamos otros, porque lo peor de todo es dejar al pobre extraviado que siga su fatal camino, sin oponerle ningun obstáculo.

Si queremos conseguir que el pobre vicioso se corrija, hemos de vigilar cuidadosamente sus diversiones: el ocio, hasta el descanso del pobre, es un abismo en que cae muchas veces; porque no tiene para distraerse sino goces materiales y groseros, que le conducen al vicio. Nosotros no podemos llenar el deplorable vacío que la sociedad deja en este punto; pero hasta donde nos sea posible, procuremos que nuestros pobres se distraigan de una manera honesta: inspirémosles el gusto del campo y de ciertos juegos en que ejerciten sus fuerzas físicas: no nos parezca que malgastamos los



caudales de la caridad comprando al pobre algun objeto que no se crea de necesidad, porque no sirve mas que para entretenerle; no solo de pan vive el hombre, y el pobre, que tantas semejanzas tiene con los niños, que tantas semejanzas tiene con los niños, que necesita, como ellos, juguetes para que se entretenga sin hacerse daño.

Se ha dicho ya cuán conveniente es, para corregir al pobre, ponerle en situacion de que pueda hacer por sí algun bien, y nunca daremos demasiada importancia á este medio, tan eficaz como poco apreciado. Todos los que estudian al hombre, observan que se liga más íntimamente con las personas por el bien que les hace, que por el que recibe de ellas. Es muy frecuente hallar ingratos; muy raro mirar con indiferencia al que hemos favorecido. Los beneficios hechos predisponen á amar, dan como una nueva vida á los sentimientos benévolos, y son por lo mismo un eficaz elemento de moralidad. La satisfaccion que se experimenta al hacer bien modifica los malos instintos, muchas veces calma la fiebre de las pasiones; es como la luz de la aurora, cuyas sonrosa-

das tintas embellecen hasta los objetos mas toscos. Se ha visto en mas de una ocasion, que la cólera de un hombre que no podian conmovier ruegos ni lágrimas, quedó desarmada por el recuerdo de un beneficio: el que ha hecho bien una vez, parece que contrae consigo mismo el santo compromiso de volver á ser bueno. Ademas, el que dispensa un beneficio, da á su personalidad cierta importancia, se siente elevado á la categoría de bienhechor, y su amor propio halagado le predispone á formar de sí y de su valer una aventajada idea. Esto importa mucho para corregir al pobre envilecido, cuya regeneracion halla, como uno de los mayores obstáculos, la menguada idea que de sí mismo tiene. Hacedle el dispensador de algun beneficio, y esto le elevará á sus propios ojos, y acaso exclame en su corazon:—Todavía soy hombre.

Tal vez diremos:—¿Cómo el desvalido ha de hacer bien? ¿Con que medios cuenta?— En la escala inmensa, infinita, de los dolores humanos, apenas hay infeliz que no pueda hallar otro que lo sea mucho mas y

á quien le es dado llevar auxilio y consuelo. Al desvalido podrá no ocurrírle la idea de hacer bien, ya porque á su parecer no tiene recursos, ya porque el extremo de miseria, como el de grandeza, suele ser egoísta. Nosotros tenemos mil medios para sacar á nuestro pobre de su error y de su desdichada apatía. Podemos hacerle ver prácticamente cuánto bien puede realizar el que se creia inútil, y darle medios para serlo, convirtiéndole en muchos casos en el dispensador de nuestros beneficios. Al principio podemos comisionarle para que preste los auxilios materiales compatibles con su situación, haciéndole tambien portador de alguna limosna, indemnizándole por el tiempo que emplea en su comision: porque el pobre no tiene otro patrimonio que el tiempo, y nosotros, que debemos recordárselo muchas veces, conviene que no lo olvidemos nunca. Si no está muy pervertido, pronto dejará de ser un mero instrumento, pronto tomará una parte activa en el bien que hace, pronto sentirá halagado su amor propio por la confianza que de él hacemos, por el

hermoso papel que representa, y su corazón, al consolar, se hallará consolado. El bien tiene una atracción poderosa, y al oírse bendecir, la blasfemia se detiene en los labios del maldiciente.

Con respecto á las lecturas, podemos aplicar al pobre vicioso la mayor parte de las reglas adoptadas para el pobre incrédulo, solamente que al primero se le pueden dar á leer libros religiosos y morales, sin mas preparacion que la gimnasia que necesite su entendimiento para comprenderlos. Como no hay libro tan elocuente como el mundo, si sabemos observarle, siempre que sea posible le enseñaremos la moral en accion, presentándole ejemplos de las virtudes que ha de imitar, y las fatales consecuencias de los vicios de que debe corregirse: una visita á un hospital puede ser para un pobre crapuloso leccion mucho mas elocuente que las que podemos sacar de todos los moralistas.

Hemos indicado ya cuánto importa que el pobre que intentamos corregir se aleje de los lugares en que tuvo una vida licenciosa: ahora debemos hacernos cargo de la

influencia que la casa que habita tiene en su género de vida.

Nunca se deplorará bastante el que para nada se atienda la moral en las construcciones: el que no estén dispuestas de modo que puedan alojar á la vez pobres y ricos: el que la pobreza se arroje á lugares dados como una lepra, para que allí aglomerada se multiplique por sí misma y cleve á la quinta potencia el vicio y la desesperacion. El hombre de buena voluntad é inteligente, si tiene alguna influencia en los destinos de su patria ó en la opinion de sus conciudadanos, bien será que clame contra la aglomeracion de la miseria; pero el visitador del pobre, como tal, no debe alzar la voz para acusar á nadie: su mision es ir por el camino que la caridad le ordena, levantar al caido, consolar al triste, sin investigar si la sociedad pudo evitar las lágrimas del uno y la caida del otro: ve los males, y los siente, y los consuela: halla su origen en la imperfeccion humana, y busca su remedio en Dios.

Reducidos, pues, á combatir los doloro-

sos efectos de causas que debemós olvidar como visitadores del pobre, procuremos que no se halle el que hemos de corregir, en esas casas que en las grandes poblaciones habitan la miseria, el vicio y el crimen, y qué, con el nombre de *casas de vecindad*, son focos de corrupcion. Entrad por ese portal inmundo á ese patio, que no lo es menos; mirad cuatro, seis ú ocho puertas que dan á él: alzad la vista y vereis dos, tres ó mas corredores que conducen á un gran número de habitaciones. Las aguas inmundas, los despojos de verduras, los huesos; todo está por el suelo, ofendiendo la vista y la salud. Será muy raro que á ninguna hora halleis paz. Dos vecinas riñen sobre quién barre y quién ensucia la escalera; dos hombres están para venir á las manos, porque uno echa en cara al otro que ha estado en presidio, y este le contesta que todos los que habia allí eran mas honrados que el que le recuerda esta circunstancia: un niño dá alaridos desgarradores, víctima del feroz castigo de un padre irritado; un vago entretiene el dia cantando canciones obscenas,

mientras llega la noche y sale á ejercer alguna industria que no paga contribucion: un matrimonio mal avenido riñe y pasa á vias de hecho, haciendo necesaria la intervencion de la autoridad: dos mujeres livianas se insultan con palabras que escandalizarían en cualquiera otra parte, pero que allí apenas son notadas: todos gritan y se demuestran, y blasfeman, porque no parece una camisa tendida ha poco en el corredor, ó porque hay que pagar una multa, á consecuencia de haber quedado la noche antes el portal abierto y sin luz, etc., etc.

Estas escenas, y otras de peor género, tiene á la vista la desdichada familia virtuosa que la miseria lanza bajo el mismo techo que el crimen. Si vais á visitarla los perros os ladrarán, sin que su amo los llame, las mujeres no se apartarán de donde están sentadas, los hombres silbarán desdeñosamente en vez de saludaros, y los niños procurarán echaros agua, ó tierra, ó piedrecillas por los agujeros de la ruinosa escalera. Por uno de esos contrastes que se ven en estas casas, tal vez halleis un hombre que

se descubre respetuosamente á vuestro paso: tal vez otro, que gana la vida vendiendo flores, os ofrece una, que recibís con emociion y gratitud de aquel pobre, que nada os debe, pero que os quiere bien, porque os ha visto pasar á socorrer á su vecino. Este, al referiros sus desdichas, cuenta por una de las mayores la de estar en aquella casa, donde, á pesar de vivir aislado, ve tantos peligros y tantos malos ejemplos para sus hijos.

Estas escenas que afligen al pobre virtuoso; ya se comprende hasta qué punto harán difícil la corrección del que no lo sea. Allí están siempre los malos ejemplos y las malas tentaciones; ninguna maldad escandaliza; ninguna virtud se hace respetar; y el vicio se aplaude, y se silba y escarnece al arrepentimiento. Si podemos arrancar de aquí á nuestro pobre, y llevarle á un rincón de algún último piso de una casa decente, habremos dado un gran paso. El aseó del portal y de la escalera, la presencia del portero, le darán la idea de entrar y salir con un poco mas de compostura: sus ho-

ras intempestivas chocarán, serán molestas, tratará de volver un poco mas temprano.

Sus blasfemias, sus obscenidades, causarán un gran escándalo; será preciso modificar un poco su lenguaje, bajar la voz por temor de que le echen. Y allí no hay ni el mal ejemplo, ni la mala tentacion, ni el estímulo para ser malo, ni la burla si se corrige. Allí vive solo, ó cerca de alguna familia honrada, y no tiene mas obstáculo para enmendarse que el que le venga del hábito y de sus torcidas inclinaciones. Y si en la misma casa podemos buscar al pobre extraviado un amigo que le dirija y le sostenga, ¡cuánto habremos hecho para su regeneracion! El pobre es una criatura de Dios, un ser moral; y no debemos descuidar ni los preceptos religiosos, ni las amonestaciones, ni las lecturas, ni los consejos; pero el pobre está muy materializado, y las circunstancias materiales que han influido mucho en su caida, pueden contribuir, mas de lo que pensamos, á su correccion y enmienda.

## CAPITULO X.

### DE LOS ENFERMOS.

Todos hemos oido alguna vez esta frase:  
—Los pobres nunca debian estar enfermos.  
—Es doloroso, en efecto, ver como en casa del pobre suelen entrar con la enfermedad, la miseria, el abandono y la desesperacion. Considerado materialmente el pobre, la enfermedad es un mal físico, que tiene para él mucha mas gravedad que para el rico; pero considerado como ser moral, puede serle de gran provecho la dolencia que le aqueja. “Con frecuencia, dice San Vicente de Paul, Dios manda la enfermedad del cuerpo para curar la del alma.”

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, ha hecho notar cómo el pobre extraviado, que no podiamos ver aunque visitá-